

BLOC DE NOTAS

Vuelve la pesadilla

En **Persecución**, Joyce Carol Oates nada en las aguas turbias del pasado y despierta los sueños de una joven de infancia infeliz

LUIS M. ALONSO

Abby Zengler, a la mañana siguiente de su boda, se para delante de un autobús que la atropella ¿Distracción o autodestrucción? No lo sabemos. Tampoco lo sabe su esposo, Willem, que durante la larga recuperación indaga en sus pesadillas y en el pasado para tratar de entender qué es lo que ha ocurrido con su mujer, si se trata de un accidente o, por el contrario se ha arrojado premeditadamente al vehículo bajando del bordillo de la acera. Mientras Willem busca la verdad, Abby siempre ha estado intentando descubrir. Considerada como una novela de suspense, **Persecución**, el thriller de Joyce Carol Oates, que acaba de ver la luz gracias a la editorial Gatopardo, se lee como una corta historia que el lector ve crecer en intensidad.

Aturdido por cómo la felicidad se ha convertido de repente en un horror, el esposo aguarda junto a la cama rumiando una desgracia que sirve de marco a una intriga oscura e inquietante. El relato se abre rápidamente a otro; la trágica relación entre la madre de Abby y el padre soldado, quien años antes regresa de Irak a Chautauqua Falls, Nueva York, convertido en un ser paranoico e irracionalmente celoso. La pareja desaparece de la vida de la pequeña cuando esta tiene cinco años pero el trauma resulta tan devastador emocionalmente que la víctima solo lo puede manejar por medio de pesadillas. Cuando eso sucedió, en Chautauqua Falls se decía que los padres la habían abandonado, pero no al mismo tiempo. Ella, entonces, se echaba a llorar con facilidad. Más tarde decide huir, adoptar un nuevo nombre y olvidarse de todo aquello, pero sus sueños infantiles de cráneos y huesos humanos le devuelven una historia diferente mucho más trágica.

Oates es una buena escritora, a veces algo artificiosa, que explora a menudo la



violencia y el dominio que ésta ejerce sobre la psique estadounidense. Posee una extraña habilidad para crear personajes ajenos a la visión del mundo de cualquier persona sencilla pero con los que en un momento dado podemos llegar a entendernos o identificarnos. Algo de eso sucedía con Patricia Highsmith, que también se movía en turbias aguas oscuras y pantanosas. Las dos, Oates y Highsmith, pese a tener infancias distintas –feliz en el caso de la primera, desdichada en la segunda– han sabido profundizar en las obsesiones y sacar a la superficie los estados anímicos reprimidos de sus personajes. Se han convertido en escritoras intérpretes de su tiempo y de sus distorsiones, alumbrando obras que sacuden la imaginación colectiva. Tienen bastante en común a pesar de ser tan singulares como para no parecerse a nadie.

Persecución revela una vez más el talento de Oates para regresar con la mente a la infancia. De hecho, ella era una niña observadora, como cuenta en **The Lost Landscape** (2015), sus memorias. Por algo la infancia es un período antropológico y alienígena en el que aprendemos las extrañas costumbres del mundo de los adultos. Abby y Willem son inocentes; dos seres virginales castigados, ella debido a su infancia traumática, él por causa de su educación religiosa, tan estricta que desea casarse para poder mantener relaciones sexuales con la autorización de Dios. Esa es la piel de **Persecución**, pero la carne está en la historia de los adultos, en las pesadillas que cobran vida y fuerzan a los protagonistas a decidir si el fruto de la inconsciencia es lo que realmente sucedió o se trata del sueño febril de un cerebro dañado girando como las manecillas de un reloj para sanar después de una experiencia cercana a la muerte. Al final el desencadenante es el de un hombre con cicatrices de guerra que regresa a casa cambiado y destruye a su familia. Parecería algo manido –la película que hemos visto o el libro ya leído– si no lo contase Joyce Carol Oates de una manera distinta a todas.



Persecución

Joyce Carol Oates

Traducción de Patricia Antón

Gatopardo, 2020, 224 páginas, 19,90 euros

TINTA FRESCA

Súbanse a la montaña rusa

Lorena Franco consolida su manejo de la intriga y el misterio con **El último verano de Silvia Blanch**

TINO PERTIERRA

Lorena Franco conoce muy bien el vértigo que siente un autor cuando se enfrenta a la página en blanco. Como si estuviera en una montaña rusa. A ella le pasa “siempre que empiezo a trabajar en una historia. Pero, afortunadamente, la inspiración llega, siempre acaba llegando en forma de reto que está ahí para disfrutarlo, y en el momento en que menos te lo esperas”. Eso fue lo que le ocurrió “con algo tan sencillo como estar viendo la televisión. Apareció ante mí el caso de la desaparición en EE.UU. de Leah Roberts, una estudiante de enfermería de 23 años que se evaporó sin dejar rastro en el año 2000. Su coche apareció en una carretera forestal que me recordó a las curvas de Montseny, donde me pasé una noche entera rodando bajo los órdenes del director Christian Molina ‘La chica de la curva’, pero de Leah ni rastro. Relacioné el lugar con el caso, aunque el real nos quede lejos, se me apareció Alex, una joven periodista curiosa por naturaleza, un personaje alejado del thriller, que para secretos y mentiras ya tenemos a otros personajes de lo más intrigantes, y así fue como fluyó **El último verano de Silvia Blanch**. Mientras trabajaba en esta novela pensaba en ella las 24 horas del día. Dormía con mis personajes. El proceso ha sido uno de los más fantásticos e intensos que he vivido”.

Quienes ya se han adentrado en los bosques de Montseny, en sus curvas y en sus calles, ya han descubierto qué le ocurrió a Silvia Blanch. Silvia, la mujer que habla al lector “en primera persona, acercándole a su vida días, meses, incluso años antes de volatilizarse. Y es que el tiempo da mucho juego y es importante en esta trama por la evolución de sus personajes, especialmente de Alex y también de Silvia, cuyas voces se entremezclan para hablarnos de una historia en la que nada es lo que parece. Y de Jan, ese hombre con más sombras que luz, que parece saber más de lo que dice, del que todos desconfían, del que Alex se enamora sin remedio”.

Para la autora “era importantísimo que los personajes cobraran vida y despertaran todo tipo de pasiones, que el lector empatizara con ellos y se sintiera parte importante de la trama, donde siempre están ocurriendo cosas, como debe ser. Ese fue mi desafío desde el principio, y también diferenciar las voces de Alex y Silvia, dos mujeres distintas, con un punto en común: la obsesión. Esa obsesión que te puede llevar hasta la boca del lobo. De ahí capítulos cortos, la típica novela en la que dices: ‘ven-ga, va, una página más y me voy a dormir’, y ya son las tres de la madrugada. Me encanta cuando ocurre eso. El final también tenía que ser imprevisible, algo fundamental en un thriller. Puedo decir que me siento orgullosa de esta historia, era la que quería contar”.

Con ustedes, Silvia Blanch. La montaña rusa arranca.



El último verano de Silvia Blanch

Lorena Franco

Planeta, 17,90 euros, 320 páginas